

ROQUE. (A Bruno.) ¿De qué se ríe aquel tío?
 BRUNO. ¡Porque llamas mozo al criado!
 ROQUE. Es verdad; pensé que estaba en la botillería! (Al criado, que le presenta el azucarero.) Gracias, joven. ¡Calla, aquí hay unas pinzas! ¡Qué invención!
 BRUNO. Es para tomar los terrones, tonto.
 ROQUE. ¡Vaya, pues! (Al criado.) Dios te lo pague, chico.
 LUIS. (A las señoras.) ¡No tiene precio el amigo D. Roque!
 ROQUE. (Aparte á Bruno.) Pues el primo no me quita ojo... ¿Sabes que me va cargando?
 BRUNO. No repara en ti. Si está hablando con mi mujer...
 ROQUE. ¡Eso sí!.. ¡Él no deja de hablar con tu mujer!
 BRUNO. ¿Qué?..
 ROQUE. Nada.
 LUIS. ¿Y qué tal fué anoche en la ópera, primo?
 BRUNO. Mal. ¡Si no entendí una jota! Allí me dormí en un rincón del palco. ¡A mí, la Pata de Cabra! .
 LUIS. ¡Oh, la Pata de Cabra!
 BRUNO. Pedro, dame el aguardiente.
 ROQUE. Sí, sí... Venga, venga aguardiente. (Coge una copa y se hace servir.) ¡Anda, hombre! ¡El platillo también! ¡Así! (Todos se ríen.)
 BRUNO. (Dándole un pisotón.) ¡Majadero! ¡Dale con el platillo!
 ROQUE. Ya veo que se ríe otra vez el primo, y no le puedo atravesar.
 BRUNO. ¡Eh! Atraviesa el aguardiente y calla.
 INÉS. (Levantándose.) ¿Quieres que demos una vuelta por el Prado, Bruno?
 BRUNO. Quisiera hacer compañía á Roque; pero tú puedes ir, Inesita.
 LUIS. (Aparte.) Bueno. Qué, ¿irá sola?
 INÉS. No: si tú no vas, yo tampoco.
 LUIS. ¡Con una tarde tan hermosa!
 BRUNO. Es verdad: no dejes de ir. Yo tengo que charlar con Roque.
 LUIS. Si quieres, primita, yo te acompañaré.
 INÉS. Gracias, primo.
 BRUNO. No, Inesita, no dejes de ir. ¡Mira que me das un disgusto! Y ya que el primo te acompaña...
 INÉS. Puesto que te empeñas...
 ROQUE. (Aparte á Bruno.) ¿Te empeñas en que la acompañe?
 BRUNO. Sí; para poder quedarme contigo.
 ROQUE. (Aparte.) ¡Malórum, malórum!
 INÉS. Si quieren ustedes dar una vuelta por el jardín, mientras voy al tocador...
 LUIS. Sí, sí... yo dejaré allí á estas señoras, y vendré á buscarte, primita. (Aparte.) ¡Ya pillé una ocasión! Esta tarde doy el golpe. Primo, Sr. D. Roque .. hasta la vista. (Doña Inés se va por la izquierda. Los demás por el foro.)

ESCENA VI

ROQUE y BRUNO

ROQUE. Dime, Bruno, ¿entra también en la política el reirsen de uno en sus barbas?
 BRUNO. ¿Por qué lo dices?

ROQUE. Porque no parece sino que los dos tenemos alguna danza de monos. ¡Cuidado con los parientes y amigos que te has echao!
 BRUNO. Es malicia tuya, Roque.
 ROQUE. ¡Malicia!.. ¡Ya, ya! Pues mira: si quieres que te dé un buen consejo... ¡Vaya, no quiero meterme en la renta del excusado!
 BRUNO. ¡Habla, hombre! Ahora vas á gastar riquilorios conmigo!
 ROQUE. Pues te digo que tu primo D. Luis es un pitimetre muy acabadito, y muy meloso, y muy pegajosillo.
 BRUNO. ¿Y qué tiene eso que ver?
 ROQUE. Tiene que ver; que yo en tu lugar..., vamos..., no le dejaría pegarse tanto á mi mujer, ni llevarla á paseo.
 BRUNO. ¿Y qué mal hay en eso? Él le tiene mucho afecto á su prima, y le gusta conversar con ella, y nada más
 ROQUE. ¡Bueno! Pero en el mundo hay malas lenguas, y.. ahora se van al Prao juntos, ¿no es esto? Pues allí dirán las gentes: ¡Miala, miala! ¡La mujer de don Bruno! ¿Y es aquél D. Bruno? Ca, no: ¡aquél es un primo de ella! Pues... y entre primo y prima... *ecetra*.
 BRUNO. Calla. ¡Quién ha de decir eso! ¡Y yo que lo oyera! ¡Voto á sanes! Inesita es muy honrada.
 ROQUE. ¡Eso no es cuenta! Con todo y con eso, hablarán. El primo viene aquí de vesita toos los días, y se cuela, y te da la mano, y te soba. Pues eso, Bruno, lo hace pa camelarte, y naa más.
 BRUNO. ¡Calla, hombre! ¿Y quieres que la prive de ver á sus parientes, y que no reciba visitas, cuando yo sé que por mí no va muchas veces á las tertulias, y yo por ella no hago otras cosas?.. ¡Ay, Roque, cómo te envidio la libertad que tienes! ¡Tú haces lo que te da la gana! Y yo, con todas mis talegas..., aquí me tienes, esclavo de la corbata y de las trabas, sin poderme esperezar, sin andar en mangas de camisa, ni comer á gusto. ¡Canario! ¿Te acuerdas... allá en la fábrica? Llegaba el domingo, ¡y ancha Castilla! Un cabrito asado y un pellejo de vino, ¡y al campo á jugar al morro!
 ROQUE. ¡Y fuera chaqueta, y trago largo!
 BRUNO. Ven acá, ven acá; ¡vamos á echar un trago como hacíamos entonces! (Se echan licor y beben.)
 ROQUE. ¡Andando! ¡Como buenos hermanos!
 BRUNO. (Después de beber.) ¡Ay, Roque! (Dándose una palmada en la frente.) ¡Si yo te dijera!..
 ROQUE. Dilo todo.
 BRUNO. ¡Roque! ¡Yo soy muy desgraciado!
 ROQUE. ¿Tú?
 BRUNO. Yo (Con misterio.) ¡Esta vida que llevo ya no la puedo aguantar! Hace seis meses que estoy ahogado, que estoy jerin... no: ese término no se dice.
 ROQUE. Ya lo he cogido.
 BRUNO. ¡Esto no puede durar! El mejor día se rompe la cuerda... ¡y salto! ¡Estoy harto de ver que paso aquí por un salvaje; estoy harto de que me avergüencen á cada minuto! ¡Estar siempre aquí embarado y de cuerpo presente horas enteras, oyendo hablar, sin entender palabra, poniendo buena cara á los que más me jerin... ¡Otra vez el término!
 ROQUE. Adelante: ya lo he cogido.
 BRUNO. Te aseguro que si no fuera por lo que quiero á Inesita, ya hace tiempo

que hubiera enviado con mil demonios coche, parientes y mulas, ¡y todo! ¡Y me iría á vivir á mis anchas, al campo con mis compañeros! Pero si lo hiciera, la pobre Inesita se moriría de tristeza. ¡Y como la quiero tanto!.. Y por remate de cuentas, ¡ya me has dado en qué cavilar con eso del primo D. Luis! Pues es verdad, que él no deja la ida por la venida; y has de saber que yo no le pongo buena cara; ¡pero nada! ¡No hace caso! Dice que me quiere dar lecciones de buen tono, y que por eso viene. Pero vamos..., eso que me has dicho. ¿es así, figuración tuya?

ROQUE. ¡Figuración, figuración!.. Pues no, señor..., acabemos: no es figuración.

BRUNO. (Levantándose) ¡Qué dices!

ROQUE. Mira. Cuando me estuve antes dos horas ahí en la antesala, me andaba paseando y oyendo murmurar á los criados. Decían que eras el hazmerreir de todos los que venían aquí, y que á cada paso estaban pa soltar la carcajaa. .. porque el primo D. Luis, como es tan pillo, te hacía burla y te remedaba en tus barbas. Y por allí pareció la doncella de tu mujer, y metió su cucharáa, y dijo: «¡Oh! ¡Es mucho D. Luisito! ¡Qué rumboso! ¡No, no! ¡Si yo fuera de la señorita, no le haría penar tanto!»

BRUNO. ¿Eso dijo? ¡Ah grandísima indina! ¿El D. Luisito, eh? ¡Voto va Dios! Pues como yo le asiente un...

ROQUE. ¡Anda, anda! ¡Escandaliza ahora! Yo bien sé que eso es hablar..., pero ..

BRUNO. No, no es hablar; que ahora voy ya atando cabos... y cosas que yo reparaba... ¡Hola, pues á mí no me la han de pegar, voto va Crispo! ¡Canastos! ¿Y se querían ir ahora al Prado, eh? Pues verás, verás como yo... ¿Qué es eso?

ESCENA VII

DICHOS y D. PRÓSPERO con un ramillete

PRÓSPERO. Soy yo... Vengo á decir que ya está puesta la carretela...

BRUNO. ¿Y quién le ha mandado á usted que pongan la carretela?

PRÓSPERO. El Sr. D. Luis, que va á venir por la señorita...

BRUNO. ¿Y qué ramo es ese?

PRÓSPERO. Me ha dicho que se lo traiga á la señorita...

BRUNO. ¿Quién?

PRÓSPERO. Su primo D. Luis.

BRUNO. ¡El primo D. Luis! ¡Y dale con el primo D. Luis! Démelo usted. Yo se lo daré á mi mujer. (Le toma con enfado el ramo.)

PRÓSPERO. (Aparte á Roque.) ¿Qué tiene, está desazonado?

ROQUE. (Aparte á D. Próspero.) Na, retortijones de tripas... ¡Si ha comido pepinos!

BRUNO. (Aparte, mirando el ramo.) ¡Miste qué monadas!.. Apenas hace un cuarto de hora que se fué y ya le manda ramitos..., y va á venir á buscarla para ir al Prado..., y toda la tarde juntitos..., mirándose..., y oliendo el ramito, y... (Reparando en un papel que viene entre las flores.) ¡Dios mío! ¡Esto es una carta! ¡Una carta! ¡Soy!.. (Se deja caer en el sofá.)

PRÓSPERO. ¡D. Bruno, qué es eso! ¿Se pone usted peor?

ROQUE. ¡Y es verdad! ¡Bruno! ¿Qué te ha dao?

BRUNO. (Guardándose el papel y fingiendo serenidad.) ¡Nada, hombre, nada! (Se levanta.)

D. Próspero, he mudado de pensamiento. (Dándole el ramo.) Tome usted, haga usted su encargo, lléveselo á la señora.

PRÓSPERO. (Tomándolo.) ¡Ah! ¿Es el ramo el que le ha incomodado á usted? ¡Qué tontería! Esto no tiene malicia, son galanterías de buen tono...

BRUNO (Conteniendo la ira.) Vaya usted, vaya usted, D. Próspero... Aquí no le dan vela para este entierro. Déjeme usted en paz.

PRÓSPERO. Perdona usted, D. Bruno, yo lo decía...

BRUNO. ¡Vaya usted con Dios le digo!

ESCENA VIII

BRUNO y ROQUE

ROQUE. ¡Algo te escarabajea á ti, Bruno! ¿Por qué te tiembla la barba?

BRUNO. ¡Ay, Roque! ¡Soy el más desventurado que hay en el mundo! ¿Has visto ese ramo? ¿Has visto ese condenado ramo? ¡Pues mira lo que tenía dentro!

ROQUE. ¿Un papel?

BRUNO. ¡Sí, es una carta! Una carta para Inés... ¡La pícara me está engañando!

ROQUE. ¿Quieres callar? Eso no se dice ni se piensa de una mujer así...

BRUNO. Pues ¡y esta carta?

ROQUE. ¡La carta! ¿Y qué dice la carta? ¿La has leído por si acaso?

BRUNO. ¡Es verdad! ¡Tú me consuelas, Roque! ¡No puede ser ella!..

ROQUE. Léela; anda, ábrela y veamos.

BRUNO (Temblando.) Sí..., vamos á leerla, dices bien... ¡Abrirle una carta! Desconfiar de mi mujer... ¡que me quiere tanto! (Tirando la carta al suelo.) ¡Maldita sea mi suerte!

ROQUE (Levantándola.) ¡Eh!.. ¡Cobarde!.. Las cosas claras...; á salir del paso... (La abre.) ¡Se lee... y al vao ó á la puente! (Lee.) «Prima mía...» Del primo es. «No puedo resistir más: al amor pasajero se puede imponer silencio; pero á una pasión violenta no es posible. Por librar de la miseria á tu padre, has dado la mano á un hombre que no te merece, á un rústico que no puede inspirarte cariño ni es capaz de apreciar tus encantos. Ese hombre fatal te tiene privada de la sociedad, pues no te atreves á presentarte en ella por no avergonzarte de tu marido...»

BRUNO (Con amargura.) ¡Avergonzarse de mí!..

ROQUE (Continúa.) «Yo te consolaré de esta desgracia; yo que te adoro, y espero de de ti siquiera una palabra, una mirada de amor. Si traes en la mano este ramillete, será señal de que correspondes á mi pasión. ¡Ah! Por semejante felicidad daría mi vida.» ¡Tunante!

BRUNO (Frenético.) ¡Sí, sí! ¡Darás la vida..., la vida..., infame!

ROQUE. ¡Calma, Bruno, calma!.. No escandalices...

BRUNO. ¡Avergonzarse de mí!.. ¡Si eso fuera verdad!..

ROQUE. ¡Eh!.. ¡No digas barbaridades!.. ¿No ves por el hilo de la carta que ella está inocente de too?.. Tu mujer es honraa, Bruno..., y no hay que escandalizar la casa. ¡Naa! ¡Punto en boca!.. Echas á la calle á ese pillastre; y naa más.

BRUNO (Con ímpetu de ira.) ¿Nada más?.. ¡Eso es!.. ¡Y quitarle el sombrero y darle los buenos días! ¿De dónde sacas tú que esto se ha de quedar así?.. ¡Yo quiero ma-

tarlo!.. ¡Yo voy á matar á ese hombre!.. ¡A hacerle comer la carta!.. ¡A tirarle por el balcón ó que riña conmigo!
 ROQUE. ¡Calla, hombre!.. Él no ha de querer reñir á puñetazos, que es como tú sabes.
 BRUNO. A todo; á lo que quiera...
 LUIS (Dentro.) ¿No se ha vestido todavía?
 BRUNO. Ahí viene.
 ROQUE. ¡Bruno, Bruno, ten cachaza, no te precipites!..
 BRUNO. Pierde cuidado.

ESCENA IX

ROQUE, BRUNO y D. LUIS

BRUNO. (Fingiendo á duras penas.) ¡Hola, es usted, señor primito!..
 LUIS. ¡Yo soy muy puntual! ¿Pero la primita no está vestida, según veo?
 BRUNO. ¡No tardará, sabiendo que la espera el señor primito!
 ROQUE. (Aparte.) Vamos, Bruno.
 LUIS. Ya está la carretela.
 BRUNO. Sí; y D. Próspero ha ido á dar el ramo que la enviaba el señor primito...
 LUIS. Calla; me habla usted, D. Bruno, con un tono tan particular...
 BRUNO. ¿De veras?... Señor primito...
 ROQUE. (Aparte.) ¡Bruno, Bruno!
 LUIS. Quizá estaban ustedes ocupados, y yo he venido á estorbar. Me voy, me voy adentro á buscar á mi prima.
 BRUNO. (Poniéndose delante.) Haga usted el favor de aguardar aquí un ratito con nosotros.
 LUIS. Perdone usted, mi prima estará esperando... (Quiere irse. Bruno le detiene agarrándolo de las solapas con ambas manos.)
 BRUNO. ¡Quieto aquí digo!.. ¡Quieto aquí! Acabemos de una vez. ¡No tiene usted ahora que tratar nada con mi mujer, señor primo; y aunque la vea usted sacar el ramo en la mano, sepa usted que no es seña de nada..., porque nada sabe..., porque yo he descubierto lo que puso usted en el ramo..., gran bribón!
 LUIS. (Aparte.) ¡Me ha pillado!.. ¡Pecho al agua! ¡Entiendo, Sr. D. Bruno..., salgamos cuando usted guste.
 BRUNO. (Fuera de sí.) Salgamos, sí, señor. Pero diga usted, señor primo, ¿y si yo me vengase de usted sin salir de aquí, no sería bien hecho?
 ROQUE. No te ciegues, Bruno.
 BRUNO. ¿Conque mi mujer debe avergonzarse de mí?... ¿Y por qué? Porque soy un patán rústico y grosero, ¿no es verdad? Pues bien: si el patán se valiese de las armas que le ha dado la naturaleza..., (Enseñándole los puños.) éstas, éstas..., y lo tirase á usted por ese balcón, ó le dijese á usted: «Señor primo, en guardia, que allá voy á sacarle las entrañas...», diga usted, diga usted, ¿no sería bien hecho?
 ROQUE. Vamos, que te ciegas.
 LUIS. (Sonriendo.) Confieso en verdad que esa clase de duelo...
 BRUNO. ¿No le acomodaría á usted?... Ya lo veo; podría descomponerle los tufos

ó arrugarle la corbata. ¡Usted quiere la espada ó la pistola, porque sabe jugarlas! ¡Eso entra en la educación que les dan á ustedes, para que luego puedan introducirse en casa de un hombre honrado, y darle la mano, y llamarle amigo mío, y seducir á su mujer y deshonorarla, y luego matarlo en regla con el florete! ¡Pues no me importa; eso no me quitará que apañusque la carta y se la tire á usted á los hocicos! (Lo hace.)
 LUIS. (Con rabia.) Sr. Bruno...
 BRUNO. ¡Eh! No me alce usted el gallo, porque le agarro... Vámonos; la carretela está puesta; vámonos. (Llevándose.)
 ROQUE. (Levantando la carta.) ¡Yo iré de testigo! ¡Al avío!..
 BRUNO. (Al salir.) ¡Dios mío, Inés!

ESCENA X

DICHOS y DOÑA INÉS, vestida de paseo y con el ramo

INÉS. Ya estoy lista; ¿vamos, primo?
 LUIS. Perdona, primita; venía á rogarte que me disimularas; no me acordaba que tenía un negocio urgente. En fin, no me es posible acompañarte.
 INÉS. ¿Cómo?
 BRUNO. Sí, querida Inesita, disimúlate: tiene un negocio urgente, y yo también voy con él; se nos había olvidado...
 ROQUE. Eso es.
 BRUNO. (Aparte á Roque.) Quédate aquí para que no sospeche.
 ROQUE. (Aparte.) ¡Me gusta!
 INÉS. ¿Y se puede saber qué negocio es ese tan urgente?
 BRUNO. No hay tiempo..., es largo de contar... Roque te dirá... (Empujándolo hacia ella.) ¡Anda!
 ROQUE. Es que yo...
 INÉS. Díganme ustedes á lo menos...
 BRUNO. Luego, luego, al momento vuelvo...
 INÉS. Pero siquiera...
 BRUNO. Vámonos, primo, vámonos.

ESCENA XI

ROQUE y DOÑA INÉS

ROQUE. (Aparte.) ¡Yo no me quedo aquí! (Al irse le detiene doña Inés, que se ha quitado chal y sombrero.)
 INÉS. ¡Dígame usted, Roque!..
 ROQUE. (Aparte.) ¡Me cortó!
 INÉS. Explíqueme usted qué significa esta ida repentina.
 ROQUE. (Aparte.) ¡El diablo me lleve si yo sé qué decirla! (Oyese marchar el coche.) ¡Ya se han ido; quién los atrapa ahora!
 INÉS. ¡Roque! ¿No quiere usted responderme?
 ROQUE. ¡Pues no he de querer! ¡Vaya! ¿Por qué no había de querer? Too ello no

es más que una futesa. ¡Naa! Dos hombres que dicen: «¡Canario! ¡Pues se nos ha olvidao aquel negocio!» Y uno dice... «¡Voto va sanes! ¡Pues es verdad!» ¡Y el otro dice: «¡Pues, canastos, á mí no me gusta que las cosas se queden así por hacer!» Ya sabe usted... ¡Bonito es Bruno! ¡Más listo que Cardona! Y lo mismo es ver trastos por medio, ya, ya, lo propio que mi padre, que esté en gloria y que el amo D. Bernardo que esté en gloria. Pero no tiene usted que tener cuidado, no tarda un credo. ¡Toma, con ese par de mulas!.. Vaya un tronco! Y de aquí adonde van á... (Aparte.) ¡A que lo encajo!

INÉS. Roque, usted se turba, algún misterio hay aquí. ¡Ah! ¡No trate usted de ocultármelo!.. ¿Qué tenía mi marido, dígamelo usted?.. ¡Ah! ¡Dígamelo usted por Dios!.. Aquí han estado ustedes dos hablando largo rato. ¿Qué le ha dicho á usted Bruno?

ROQUE. ¡Naa! Hemos estado hablando como buenos amigos; pero lo que hemos hablao...

INÉS. ¡Ah! ¡Cuéntemelo usted!.. ¡Los secretos de mi marido me pertenecen: yo soy su mujer, yo le amo!.. ¿Ha ocurrido alguna desgracia? ¡Roque, hable usted..., yo se lo suplico!

ROQUE. ¡Dale! Señora, si es un secreto muy reservao, muy reservao..., y si se lo digo á usted, y luego... (Aparte.) Ya puede que estén riñendo... ¡Voto va sanes!

INÉS. Yo lo callaré..., le doy á usted mi palabra... Hable usted, hable usted.

ROQUE. (Aparte.) Bien mirado... no sé yo por qué no se lo he de decir. Pues, señora, su marido de usted es todo un hombre, y capaz de dejarse quemar vivo, primero que darle á usted una pesadumbre tamaña como una almendra. Usted por su parte es una mujer como Dios manda..., honradota..., sin vanidad...

INÉS. Pero al caso.

ROQUE. En fin, de lo que hay poco, sin agraviar á naide. Los dos están ustedes parejos por lo tocante al afecto...; pero, amiga, por lo tocante á lo demás del mundo..., vamos, Bruno está muy debajo. Él ha querido, el pobre, dende que se casó, tratar de ver cómo se domesticaba un poco..., y todo por ponerse á la par de usted... ¡No tenía más pío que ese! Soltar el pelo de la dehesa, y trabajar por convertirse en un pitimetre de Madrid. Pero el pobrecillo se ha desengaña de que eso es punto menos que imposible..., porque lo que no se mama..., y aunque la mona se vista de seda... Por fin, él se martiriza, ¿y qué saca en limpio? ¡Naa!.. Hacer el oso, y que todos se burlen de él... Él lo ha conocido..., y está que no puede más. Velay lo que me decía endenantes. Pero muy quedito, muy quedito..., por miedo de que usted lo oiga.

INÉS. ¡Dios mío, qué me cuenta usted! Eso es lo que le tiene triste... ¡Y él nada me ha dicho!

ROQUE. ¡Pues! Y me decía: «¡Cuidado, Roque, no quiero que mi Inésica lo sepa..., yo me lo pasaré solo..., pero á ella naa!..»

INÉS. ¡Es posible!

ROQUE. ¡Toma! Y celoso que está también... ¡Y me lo decía con unos lagrimones!

INÉS. ¿Qué dice usted? ¿Celoso?

ROQUE. ¡No hay miedo que lo confiese! Por no darle á usted pesadumbre es capaz..., ¡vaya!, y pondrá buena cara á todos, y hasta al mismo D. Luis...

INÉS. ¿Luis?..

ROQUE. ¡Ya se me escapó!

INÉS. ¿Es ese?.. ¿Y por qué no me lo ha dicho? ¡Precisamente hace tiempo que el tal primo me está cansando tanto con su pesadez!

ROQUE. (Con alegría.) ¿Verdad que sí? ¡Eh! Bien decía yo, que con todos sus visajes no podía usted tenerle voluntad...

INÉS. ¡Yo! Y qué, ¿mi marido ha sospechado?..

ROQUE. ¡Ca! ¿Bruno sospechar de usted? ¡No faltaba más!

INÉS. Pues entonces, ¿qué misterio es este? ¿Por qué han salido?

ROQUE. ¡Porque!, ¡porque! ¡Toma! Porque en ese ramo que lleva usted ahí, y que le envió de regalo su primo...

INÉS. ¿Qué?

ROQUE. ¡Toma! Había una carta..., y en la carta una declaración de amor..., y en la declaración de amor motivo para que dos hombres se rompan el alma.

INÉS. (Tirando el ramo.) ¡Dios mío! ¡Han ido á batirse!

ROQUE. Vamos, señora, no hay que apurarse.

INÉS. ¡Han ido á batirse! ¡Y usted, que se llama amigo suyo, le ha dejado ir! (Déjase caer en el sofá.)

ROQUE. ¡Sí, señora, lo he dejado!.. Porque Bruno debía batirse... Porque su marido de usted no debe quedar por collón..., ¡y yo iba de testigo; sí, señora! y me he quedao, porque él me lo dijo..., pero ahora voy en dos zancadas á buscarlos... No habrán ido lejos... Yo los encontraré. (Oyese el ruido del coche.)

INÉS. (Levantándose.) ¡Un coche!

ROQUE. (Yendo al balcón.) ¡Ah! ¡Él es!.. ¡Ya baja!.. ¡No hay miedo! ¡Ha saltado de un brinco!

INÉS. (Que también se ha asomado.) ¡Sí, él es!.. Y viene bueno. ¡Ah, Dios mío, yo te doy gracias!

ROQUE. Señora, acuérdesse usted que esto es un secreto, y que me dió usted palabra...

INÉS. La cumpliré. ¡Ah, sí... ahora bien sé yo cuál es mi deber! (Váse por la izquierda.)

ESCENA XII

BRUNO y ROQUE

ROQUE. ¡Ea! ¡Bendito sea Dios! ¡Mi buen Bruno! (Le toma la mano.)

BRUNO. ¡Ay, que me haces daño!

ROQUE. ¡Cáspita! ¿Estás herido?

BRUNO. Sí..., en esta mano..., pero no es nada..., un arañazo. ¡Ojalá me hubiera atravesado de parte á parte!

ROQUE. ¡Vaya una idea!

BRUNO. ¡Sí; porque entonces no me hubiera visto humillado por ese señor primo!.. Allí mismo se burlaba de mi torpeza..., porque no sé jugar la espada..., y así como quien dice... «¡te perdono!..» ¡se contentó con desarmarme y hacerme un rasguño! ¡Y ahora me obliga á reconocer su generosidad! ¡Ah! Eso es lo que me quema..., ¡lo que me desespera! Mañana se sabrá y todos se reirán de mí..., y á él... ¡oh! le harán muchos elogios por su generosidad, por su destreza. ¡Ya se ve! No hay cosa más noble que dar un pinchazo á un enemigo que en su vida ha cogido una espada. ¡Ah! Otra nueva humillación que me guarda la sociedad... ¡Ay, qué sociedad! ¡Roque, yo no puedo más! Esto tiene que acabarse. Tú eres mi amigo, ¿no es verdad?

ROQUE. ¡Hasta la muerte!

BRUNO. Pues bien: tú te vienes conmigo.

ROQUE. ¡Contigo! ¿Adónde?

BRUNO. Me marchó..., sí..., me marchó..., ¡contigo solo! ¡Esta noche nos vamos! A soltar este yugo..., á dejar esta sociedad que no quiere recibirme..., que me escarnece..., ¡que me escupe á la cara! (Aparece doña Inés á la puerta de la izquierda.) Por lo tocante á Inés..., no faltaré al juramento que la hice..., no la obligaré á una vida que no es de su gusto... ¡Que viva dichosa separada de mí, ya que estando juntos no podemos ser felices! Yo la dejo esta casa..., y las tres cuartas partes de mi hacienda..., ¡y me separo de ella para siempre! ¡Sí, porque no quiero verla avergonzarse de mí! (Doña Inés quiere llegar. Roque con una seña la detiene.)

ROQUE. ¡Bruno! ¿Qué estás diciendo?... ¡Separarte de tu mujer!..

BRUNO. ¡No hay remedio! ¡Esta noche! Yo no sufro ni un día más la burla y el escarnio de esta sociedad. ¡Ay, Roque!..., yo adoro á mi mujer..., daría mi vida por mi Inés..., pero ya no puedo elevarme hasta ella...

ESCENA XIII

DICHOS y DOÑA INÉS

INÉS. ¡Ella bajará hasta ti!

BRUNO. ¡Inés!

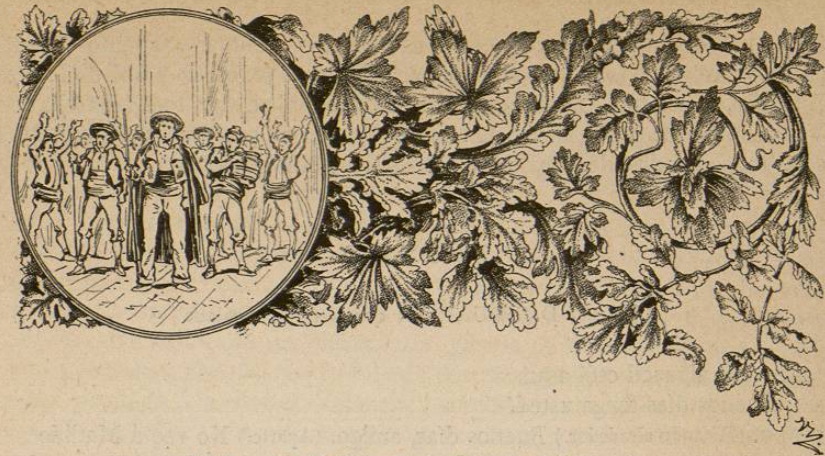
INÉS. Sí, mi querido Bruno: tu corazón merece que yo deje por él la corte y la sociedad... Y sobre todo, merece... (Con ternura.) ¡que no te vuelvas á exponer por mi causa á otro peligro! Esta noche marcharemos...

BRUNO. ¡No, Inés!

INÉS. ¡Sí, marcharemos á Alcalá... Allí está mi padre..., allí viviremos felices los tres. (Abriéndole los brazos.)

BRUNO. (Abrazándola.) ¡Ah! (Alargando la mano con extremo gozo á Roque.) ¡Los cuatro!

INÉS. (Dando la mano á Roque, que llora de alegría.) ¡Sí..., los cuatro!



EL TIO TARARIRA

COMEDIA EN UN ACTO, ARREGLADA AL ESPAÑOL

PERSONAS

D. RAIMUNDO, viejo de 102 años. — D. AMBROSIO, alcalde. — D. EDUARDO, capitán de caballería. — LUCAS PERLERÍN, alguacil. — DOÑA BALTASARA, hermana de D. Ambrosio. — MATILDE, pupila de D. Ambrosio. — VECINOS DEL PUEBLO.

(La acción pasa en este año de 1848, en un pueblo del reino de Valencia)

ACTO ÚNICO

El teatro representa una galería que ocupa hasta el segundo bastidor, y allí termina sostenida en dos pilares, dejando ver un jardín con cerca y puerta de entrada en el foro. En la galería hay una puerta á la izquierda y otra á la derecha: mesa de despacho á la izquierda: velador á la derecha, sofá y sillas.

ESCENA PRIMERA

LUCAS, solo

(Está en mangas de camisa: ha dejado la chaqueta colgada de una puerta, y tiene entre manos una escoba, un plumero y una rodilla, de cuyos instrumentos usa alternativamente para barrer la galería, limpiar las sillas y quitar el polvo á todo.)

Pregunto yo: si alguno me viera así..., con el plumero en una mano y la escoba en la otra..., barre que barre y frota que frota..., ¿reconocería en mí á todo un alguacil del ayuntamiento constitucional de esta villa, cabeza de partido de la provincia de Valencia? Yo quisiera saber si un funcionario público, como soy yo, tiene obligación de barrer la casa del alcalde, de limpiar el polvo á los trastos, de regar el jardín... y hasta de servir á la mesa, como quiere doña Baltasara, su hermana, dando por razón que el alcalde debe tener siempre á mano la